

OTRA HISTORIA DE BRUJAS. EL TIO CHEPAS

Como sería injusto tratar a los brujas con el mismo rasero, y como también siempre hay excepciones que confirman la regla, quisiéramos contaros hoy lo que le sucedió a dos vecinos de Calceña con unas brujas un tanto peculiares, unas brujas que tenían la cualidad de curar cualquier mal a nada que alguien les enseñase algo que ellas no supiesen.

Esas brujas solían hacer sus "guateques" brujeriles en las Eras de Toloja, a los pies del monte Turbón, el de las famosas aguas minerales.

Pues bien, cuentan que aquí en Calceña vivía un hombre con una joroba tan pronunciada y pesada que la barba casi le tocaba el suelo. Este hombre se llamaba Fernando, pero era conocido por todos como "Tío Chepas". Nuestro querido "Tío Chepas" había oído hablar de las brujas de Toloja, pero se creía tan sumamente ignorante que comentaba a sus amigos: -Y yo, infeliz de mi, que podría enseñarle a las brujas, si no se ni los números, ni aún las letras.

Pero además, Fernando tenía un miedo espantoso a las brujas, pues sabía que...

- *Si las miras de cara no son muy peligrosas, pero como oses darles la espalda, pueden hacerte un buen fiasco.*

Finalmente, harto ya de su pesada joroba, se armó de valor y decidió ir para el monte Turbón, allá por los Pirineos. Tardó en llegar como un mes aproximadamente. Y una vez allí, se escondió tras una carrasca a esperar la llegada de las brujas.

Y efectivamente, cuando la luna llena brillaba en el firmamento aparecieron las brujas volando sobre sus escobas, encendieron una gran hoguera y comenzaron a bailar en torno a ella. Pero las brujas, además de bailar, se pusieron a cantar:

- *Lunes y martes y miércoles tres.*

Lunes y martes y miércoles, tres.

Lunes y martes y miércoles, tres.

Y así, sin parar, una y otra vez:

- *Lunes y martes y miércoles, tres.*

Fernando, el "Tío Chepas", aunque muerto de miedo, sabía como continuar la canción, porque la había escuchado muchas veces. Así que, aunque un poco temeroso y con voz entrecortada, se atrevió a decir:

- *Jueves y viernes y sábado, seis.*

Entonces la bruja más vieja de entre las viejas interrumpió el baile y dijo:

- *¿Quién ha dicho eso? ¿Quién ha dicho eso? ¿De quién es esa voz? ¿Quién está ahí?*

Un gran silencio inundó el monte. Fernando, sin mover un sólo músculo de su cuerpo, pensó:

- *Dios mío, ¿donde me he metido? ¿Qué pasará si me descubren? ¿Cómo se me ha podido ocurrir decir nada?*

Pero las brujas, como son tan listas y todo lo saben, fueron para donde estaba escondido el pobre jorobado y le dijeron:

- *No temas, no temas, que no vamos a hacerte nada. Al contrario, estamos muy contentas porque nos has enseñado a continuar la canción. No temas. Anda, pídenos lo que quieras y te lo concederemos.*

El "tío Chepas", al ver que las brujas le hablaban con sinceridad, se calmó un poco y les dijo:

- *Pues miren señoras, la verdad es que mi lo que realmente me gustaría es quitarme la joroba. Yo sería muy feliz sin ella, porque no me deja trabajar, ni caminar, ni dormir, ni folgar, ni nada de nada. Y a mí ya me gustaría, ya.*

Entonces todas las brujas posaron sus manos sobre la joroba y... izas!... ésta desapareció. Pero además, la bruja más vieja de entre las viejas tomó un frasco que guardaba en el bolsillo de su falda y dijo:

- *Y ahora, sí te frotras la cara con este ungüento y dices las palabras mágicas..*

Por encima de rama y hoja, me iré de Toloja.

...podrás ir al lugar que quieras con sólo desearlo.

Con que haciendo caso a las brujas, se frotó bien frotada la cra y dijo:

- *Por encima de rama y hoja, me iré de Toloja.*

...Y en apenas un minuto llegó volando a Calceña.

Al día siguiente, como podréis imaginaros, las gentes de Calceña, al ver a Fernando tan majo y sin joroba, pues no salían de su asombro ni paraban de preguntarle como se había remediado del mal. Y, claro, tan contento como estaba, pues él contó lo sucedido a diestro y siniestro. Y desde entonces fue conocido en toda la redolado no ya como el "Tío Chepas" sino como el "Reestirao".

Pero vino a suceder que aquí en Calceña había otro hombre llamado José, conocido como el "Pococorres". José, claro está, era cojío, pero además sumamente envidioso. Así que, enterado de lo que le había pasado a Fernando, se dijo:

- *Sí el tonto ese del tío Chepas le ha enseñado algo a las brujas, yo no habré de ser menos.*

Sin que nadie se enterase se fue él también para el Turbón.

Tardó en llegar como unos dos meses y se puso a esperar tras el mismo árbol.

Y cuando de nuevo la luna llena brillaba en el firmamento aparecieron las brujas con sus escobas, encendieron la hoguera y, muy contentas todas ellas, se pusieron a bailar y contar:

- *Lunes y martes y miércoles, tres.*

Jueves y viernes y sábado, seis.

Y así, una y otra vez:

- *Lunes y martes y miércoles, tres.*

Jueves y viernes y sábado, seis.

Y claro al "Pococorres" le pareció muy fácil seguir la canción. Como además de envidioso era bastante fanfarrón, salió de detrás de la carrasca, se plantó bien plantado en la era, miró para un lado, luego para el otro, y dijo:

- *Y domingo, siete.*

Y en oyendo esto las brujas comenzaron a gritar y blasfemar:

- *¿Domingo? ¿Domingo?.. Por Satanás que asco.. Puaf! Puaf!...*

Porque claro las brujas odian los domingos, por ser el día consagrado a Nuestro Señor. Así que, sin mediar palabra, se fueron directas para donde estaba el "Pococorres", posaron todas sus manos sobre la espalda de José y... izas!... le pusieron la joroba que le habían quitado antes a Fernando.

Pero, además, no contentas con eso, la más vieja de entre las viejas de todas las brujas le frotó bien frotada la cara con el ungüento mágico y dijo:

- *Y ahora, por entre rama y hoja*

te irás de Toloja.

Y, efectivamente, el pobre José volvió para Calceña en apenas cinco minutos, pero "por entre rama y hoja", con lo que cada vez que se topaba con el tronco de una olivera, de un pino o de un melocotonero, pues arañazo va y rasguñazo viene. Y, claro, cuando a la mañana siguiente apareció por el pueblo lleno de magulladuras, más cojo si cabe que de costumbre y con una hermosa joroba sobre su espalda, a nadie se atrevió a contar lo sucedido.

Y desde entonces las gentes que se cruzaban con él le decían:

- *iPococorres tío Chepas!*

Y cuento acabao, de la ventana al tejao,
y del tejao a la calle pa que no se lo lleve nadie